

EL TEATRO ESPAÑOL

Á UN TIEMPO REY Y VASALLO

DE TRES INGENIOS

PERSONAS

EL REY D. PEDRO.
EL PRÍNCIPE.
ALBANO, labrador, galán.
EL DUQUE DE CALABRIA.
EL ALMIRANTE, barba.

LA INFANTA.
BELISARDA, labradora, dama.
LAURA, criada.
SILVIA, villana.
PASQUÍN, criado.

CÉSAR, caballero.
JULIO, criado.
CRIADOS.
MÚSICA.
ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA

Campo.

Salen BELISARDA y SILVIA.

BELIS. Déjame, Silvia, morir,
que pues un amante pierdo,
para quien guardé la vida,
¿para qué la vida quiero?
¿De qué sirve la memoria
de mis amantes deseos,
si, ya perdidos, son penas
las dichas de que me acuerdo?
Déjame, Silvia, morir.

SILVIA. Y tu Albano, ¿qué se ha hecho,
Belisarda, que en la aldea
há días que no le veo?

BELIS. Él se apartó de mis brazos
una tarde, tan contento,
que de lo grande del gozo
temí que fuese el postrero;
que no siempre en las desdichas
tienen lugar los agüeros.
Dejadme sola, por Dios.

SILVIA. Servirte, señora, quiero.

BELIS. ¿Mi consuelo no pretendes?

SILVIA. Sí. (*Vase.*)

BELIS. Pues este es mi consuelo.
Verdes árboles, retrato
de la juventud, que el tiempo
en mi dulce amante animan
duros peñascos, ejemplo
de la firmeza y horror
de las penas que padezco.
Si vino á veros Albano,
y si no me lo habéis vuelto,
yo le busco amante y firme;

si alguna piedad han puesto
en vuestras rústicas peñas
las finezas que padezco,
dádmele, si le escondéis;
así os privilegie el Cielo
de la ejecución del rayo
y de la envidia del trueno.

Si no le tenéis, decidme
(muera yo de lo que muero)
si le despeñó algún risco
ó alguna fiera lo ha muerto.
¡Ay, Albano de mi vida!

ALBANO. (*Al paño.*) Ó me engañó mi deseo
ó una voz humana oí:
volver á esconderme quiero.
¡Ah dura ley de mi estrella,
en qué desdichas me has puesto;
que siendo humano, y sin culpa,
á una voz humana tiemblo!

BELIS. ¡Albano mío, mi bien!

ALBANO. De esconderme me arrepiento:
¿no es mi Belisarda aquélla?
sí, que aunque mintiera el eco
no hiciera engaño á mi amor.
Ya los peligros desprecio;
muera yo, como la vea,
y halle en la muerte el contento.
¡Belisarda! ¡Belisarda!

BELIS. Ya la espesura penetro,
que es mi Albano.

Sale ALBANO vestido de labrador.

ALBANO. ¡Belisarda!

BELIS. Ya mis dichas se cumplieron.

ALBANO. Ya mis penas se acabaron.

BELIS. Yo te busco.

ALBANO. Ya te veo:
dame un abrazo.

BELIS. ¡Ay, mi bien!
toma; pero ya no quiero

tus brazos, ingrato Albano,
pues de engaños estás lleno.

ALBANO. Mejor dirás de desdichas;
por infeliz desmerezco,
dulce Belisarda mía,
lo que por fino y atento
pudiera haber granjeado.

BELIS. Yo, ¿qué finezas te debo,
supuesto que me dejaste
cercada de sentimientos
más de ocho días sin verme?

ALBANO. ¿Lo que yo por pena tengo,
tú me acumulas por culpa?
Ahora, mis ojos, dejemos
de perder en vanas quejas
este limitado tiempo.
Dame un abrazo, que sirva
de desahogo y consuelo,
á tí, al escuchar mis males,
y á mí, al decirlos.

BELIS. Ya creo
lo que me dices, y así
admitir tus brazos quiero: *(Abrázanse.)*
sirvan contra el mal de escudo
las dichas de verme entre ellos.

ALBANO. ¡Dulce Belisarda mía!
apesar de los tormentos,
que, por causarlos tus ojos,
gustosamente padezco,
bien te acuerdas que en las tropas
que el Rey iba conduciendo,
para domar el orgullo
del mauritano soberbio,
llegué en una compañía
de bizarros caballeros
(si bien como ellos tan noble,
no tan feliz como ellos),
y siendo fuerza alojarnos
una noche en este pueblo
de Sicilia (el más dichoso
por gozar tus ojos bellos),
la habitación de tus padres
me cupo en alojamiento,
donde luégo que te ví,
á tu hermosura suspenso,
á mis afectos cobarde,
y á tus victorias sujeto,
las vanas plumas, que airoso
crespó en mi celada el viento;
las galas que Abril bordó
en mis locos devaneos,
y las militares iras,
que en mi espada eran incendios,
siendo emulación de Marte,
en un punto se volvieron
al imperio de tus ojos,
dulce holocausto de Venus.
Yo te adoro; mas ¿qué mucho,
si tanto idólatra pueblo,
por hermoso adoró al sol,
siendo él uno, y siendo muerto,
que yo adorase tus ojos,
siendo dos, y vivos ellos?
Tú me quisiste también,
súpelo, y con este aliento
al Rey le dí una victoria
tan grande... pero no quiero
encarecer mis hazañas,
que solamente pretendo

referirte mis desdichas.
Pues como en aqueste tiempo
yo era parecido al Rey
en facciones y en aspecto,
con semejanza tan grande,
que todos los que nos vieron,
á tener el mismo traje,
nos juzgaron uno mismo;
fué circunstancia que hizo
más ruidoso aquel trofeo,
más conocido mi nombre
y más seguro mi aprecio.
Y viendo que mi porfía,
al fin no pudo vencerlos,
me resolví á desmentir
la gloria de mis abuelos,
á frustrar las esperanzas
de mis altos pensamientos,
á desnudarme las galas,
vestirme el sayal grosero,
á seguir sobre dos brutos
el afanado instrumento,
que abriendo en surcos la tierra
hace fecundo su suelo,
juzgando en este ejercicio
mi enamorado deseo,
que ya adelantaba dichas
en tu agradeçido pecho,
siendo un favor cada golpe,
y cada surco un requiebro.
Murió á este tiempo tu padre,
y el Rey á mí me echó menos,
para que juntos llegasen
el bien y el mal, todo á un tiempo.
Tuvo noticia de mí,
de mi mudanza y mi empeño,
y con color de la caza
vino á buscarme á este pueblo.
Vióte, Belisarda mía,
antes permitiera el Cielo
que él cegara y yo muriera;
pues finalmente con esto,
ni él viviera de su amor,
ni yo muriera de celos.
Pretendióte, no le oiste,
y él despechado y soberbio
(que es su condición altiva),
viéndose morir, y viendo
que para lograr su amor
era yo el impedimento,
por mi muerte quiso dar
feliz paso á su deseo;
juzgando que el parecerse
á mí, con tan grande extremo,
muerto yo, te olvidarías
de los amores primeros,
y que aquella semejanza
te sirviera de consuelo,
juzgando en ella el alivio
que habías perdido en tu dueño.
Mandó, pues, al Almirante,
que una noche, con secreto,
diese fin á esta crueldad;
y el piadoso caballero,
indignado contra el Rey,
que pagara tanto esfuerzo
con ingratitud tan fea,
exponiéndose á los riesgos
de una piedad tan costosa,

de la muerte de aquel hombre,
que al Rey se parece tanto?

PASQUÍN. De que tú lo ejecutases
están todos admirados,
que ya se sabe que el Rey
es un hombre temerario.

ALMIR. Ya murió: (*Ap.*) (no murió tal,
que yo le tengo guardado.)
¿Qué ruido es aquél, Pasquín?

PASQUÍN. El Rey es, no hay que dudarlo.

ALMIR. Salgamos á recibirle.

DUQUE. (*Dentro.*) En este sitio haced alto.

JULIO. Ya llega: ¡ah seor Pasquín!
para semejantes casos
aprenda uced á tener
menos uñas y más manos.

Salen el DUQUE, la INFANTA, el REY y el PRÍNCIPE,
de caza, LAURA y acompañamiento.

REY. ¿Que en toda la tarde el monte
ni una fiera nos ha dado,
en que pudiese mostrar
la destreza de mi brazo?
Cansado y sentido vengo.

PRÍNCIPE. Así, señor, vuestro enfado
el gusto nos puede aguar,
porque os prometo que el campo
me ha divertido en extremo.

ALMIR. Seais, señor, bien llegado.

REY. Sólo el veros me despica,
que al fin aquel embarazo
de mi amor se acabó ya.

ALMIR. Si lo dices por Albano,
ya murió: (*Ap.*) (no murió tal,
que mi piedad le ha librado.)

REY. Grande gusto me habéis hecho.

DUQUE. ¡Qué rigor tan inhumano!

INFANTA. ¡Qué crueldad tan sin ejemplo!

DUQUE. ¡Es un tigre!

INFANTA. ¡Es un tirano!

ALMIR. No hay vicio que el Rey no tenga.

REY. ¡Que hiciese el Cielo un villano
tan parecido á su Rey,
y siendo un hombre ordinario
le hiciese en mi competencia
Amor tan privilegiado!

Duque.

DUQUE. ¡Gran señor!

REY. Confieso,
que estoy muy enamorado.

DUQUE. ¿De Belisarda?

REY. Sí, Duque.

DUQUE. Prométoos que no me espanto,
que es Belisarda muy bella,
y hechizo de amor tan raro,
que aun á las fieras las postra,
y en un pecho tan bizarro
como el vuestro, será incendio:
¿ya habéis á Laura olvidado?

REY. Bien Laura me ha parecido,
y aunque no la quiero tanto,
pienso robarla, y matar,
si lo impidiere, á su hermano.

DUQUE. (*Ap.*) (En todo es bárbaro este hombre.)

REY. Almirante, más agrado
espero hallar en mi amor.

INFANTA. Duque, el tiempo no perdamos,
pues que te adoro, y me estimas,

y el Rey hoy se muestra humano,
no habrá ocasión para ver
nuestro intento mal logrado,
como aquésta.

DUQUE. Diees bien,
yo me resuelvo y le hablo.
Señor, con vuestra licencia
me atreveré á preguntaros
lo que confesáis vos mismo:
¿estáis muy enamorado?

REY. Sí, Duque, con gran extremo.

DUQUE. Y supuesto que amáis tanto,
si tuviérais ese amor
no siendo Rey soberano,
como sois, y seáis mil siglos,
por ver vuestro amor logrado,
¿qué imposibles no intentarais?

REY. Habéisme, Duque, tocado
en el pundonor del alma;
que hoy tengo por embarazo
ser Rey, cuando soy amante,
que es mi espíritu tan alto,
tan vana mi presunción,
que si algún favor alcanzo
me lo desazona el ver,
que pueda el laurel sagrado
servir de merecimiento
para llegar á alcanzarlo.
Duque, si no fuera Rey,
amara alegre, y ufano
de rendir con el desvelo,
y obligar con el cuidado;
pues no tuviera temor
de que adonde hallé agasajo,
fué estima de mi persona,
sin codicia de mi estado.

DUQUE. Pues yo os lo pienso decir.
Ya reconocéis mi estado,
no ignoráis mis ascendientes,
que fueron nuestros pasados,
mi riqueza es bien notoria.

REY. Eso, Duque, es excusado.
Id adelante.

DUQUE. ¡Señor!...

(*Ap.*) (Vive Dios, que me ha turbado.)

REY. Proseguid.

DUQUE. Señor, la Infanta...

REY. No digais más, que el mostraros
el Rey aspecto agradable,
es quitaros el espanto
que causa la Majestad
en el pecho de un vasallo;
mas no es daros ocasión
para que libre, é ingrato,
con tal desvergüenza hagáis
abuso de sus sagrados.
¿Vos la Infanta? ¿Quién sois vos?
Y si os desvanee tanto
tener sus mismos abuelos,
mirad, para moderaros,
la gran distancia que hay
de los vuestros á su hermano,
que lo presente es lo que es,
y sólo fué lo pasado.
Y si en esto más habláis....
¿qué es hablar? si á imaginarlo
os atrevéis, ¡vive Dios!...

Almirante.

ALMIR. ¡Señor!

REY. Vamos,
que va cerrando la noche.

DUQUE. (*Ap.*) (Corrido y triste he quedado.)

INFANTA. ¡Cielos! ¿Qué es esto que he oído?

DENTRO. Guarda el oso.

REY. Mi caballo
y un venablo venga al punto.

ALMIR. Señor, ¿no ves que ha ocupado
la sombra todos los montes?

REY. Ha de morir á mis manos,
no tenéis que persuadirme.

ALMIR. Pues todos al Rey sigamos.

DUQUE. (*Ap.*) (Plegue á Dios que te despeñes.)
(*Vanse el Rey, el Almirante, el Duque y
acompañamiento.*)

INFANTA. Príncipe mío, aunque airado
vuestro padre ha respondido,
no os dé, gran señor, cuidado.
¿Pero qué ruido se escucha (*Dentro ruido.*)
por entre aquesos peñascos?

LAURA. ¿Oyes, señora, estas voces?

INFANTA. Toda estoy llena de espanto,
un yelo mortal me cubre.

LAURA. Á las voces atendamos.

INFANTA. ¿Quién nos dirá la verdad?

Sale ALBANO, de villano.

ALBANO. Desbocósele el caballo
á un caballero infeliz,
y sin poder refrenarlo
á un precipicio le lleva.
Mas en otro riesgo he dado,
que hay gente aquí, no me vean,
yo me escondo. (*Vase.*)

ALMIR. (*Dentro.*) ¡Triste caso!
El Rey está en gran peligro,
á socorrerle, vasallos.

REY. (*Dentro.*) ¡Válgame Dios!

ALMIR. Vamos todos.

ALBANO. (*Dentro.*) Ayúdete el Cielo santo,
desdichado caballero:
de aqueste risco tan alto
el bruto le despeñó.

Sale el DUQUE.

DUQUE. Quietóse mi sobresalto.

INFANTA. ¿Quién nos dirá la verdad?
Mas aquí el Duque ha llegado.

PRÍNCIPE. ¿Qué es esto, Duque?

DUQUE. No es nada;
bien podéis, señor, quietaros,
que al camino de la aldea
su Majestad ha bajado.
Tome el coche vuestra Alteza,
y todos al Rey sigamos,
y al Príncipe entretendrás
en el coche, Laura, un rato,
porque importa, mientras yo
á la Infanta á solas hablo.

LAURA. Harélo como lo ordenas.
(*Vanse el Príncipe y Laura.*)

DUQUE. Piadoso el Cielo ha trocado,
señora, vuestra ventura:
despeñado se ha tu hermano.

INFANTA. ¿Esa es dicha?

DUQUE. La mayor.

INFANTA. ¡Ay de mí!

DUQUE. Lloras en vano:
presumí que me querías.

INFANTA. ¿Pues cómo fué el despeñado,
si yo al Rey le oí decir
«ayúdete el Cielo santo,
desdichado caballero,»
lastimándose del caso?

Sale al paño el ALMIRANTE.

ALMIR. Entre aquellos copos verdes
quiero descansar un rato;
pero en la espesura siento
gente, y habla con recato.

DUQUE. Yo también oí esa voz;
pero sin duda fué engaño,
porque yo le ví caer.

INFANTA. ¡Ay, Duque! no nos perdamos,
que yo oí la voz del Rey
después de haber despeñado
el caballo al que cayó.

DUQUE. Mis ojos no se engañaron,
y así, yo he de procurar,
con valor é ingenio raro,
verte reina de Sicilia.

ALMIR. Eso habré yo de estorbarlo.
El Duque y la Infanta son,
cuerdamente he de evitarlo.
El Cielo acierto me dé
en la máquina que trazo. (*Vase.*)

INFANTA. Mucho me anima tu aliento.

DUQUE. Pondré animoso y gallardo
la diadema en tu cabeza.

INFANTA. Yo pondré el cetro en tus manos. (*Vanse.*)

Interior de una cueva.

Salen ALBANO y BELISARDA con un hachón
de tea encendido.

ALBANO. ¿Cómo, Belisarda mía,
tan á deshora te atreves,
sola por entre estas peñas,
con tanto peligro á verme?
¿No ves que es esa montaña,
de fieras rústico albergue,
y en cada paso que das
á mucho riesgo te ofreces?
Confieso que perdonara
toda la gloria de verte,
por ser tan á costa tuya.

BELIS. Pues dime, Albano, ¿qué pierde
en perder la vida, quien
está muriendo por verte?

ALBANO. Agradecerte no pienso
la fineza que encareces.

BELIS. Eres ingrato.

ALBANO. No soy,
pues fuera mayor mil veces
sufrir valiente la ausencia
con valor, y no exponerte,
sólo por lograr un gusto,
á que conmigo te vieses.

BELIS. ¿Que no buscarte es fineza?
¿que es mérito no quererte?
Para tan enamorado
muy amilanado quieres.

ALBANO. ¿No es primero la cordura?

BELIS. ¿Cuándo el amor fué prudente?
 ALBANO. Los dos tenemos razón.
 BELIS. Tú solo, ingrato, no tienes
 ni amor, ni razón, y quiero,
 aunque esta vida me cueste,
 acrisolar mis finezas.
 ALBANO. Que me matas de esa suerte,
 Belisarda, mi señora.
 BELIS. Albano, escucha y atiende,
 que las pisadas se escuchan
 de un caballo.
 ALBANO. Ya no puede
 ningún riesgo acobardarme.
 ALMIR. (*Dentro.*) Atado el caballo quede
 en esa encina.
 ALBANO. El ruido
 parece que te suspende.
 ALMIR. (*Al paño.*) Todas las dificultades
 las diligencias las vence.
 El cuerpo del Rey hallé,
 y mi cuidado le tiene
 sepultado entre estas peñas,
 porque noticia no hubiese
 de su persona, y así
 mi diligencia previene
 una industria, que ha de ser
 á mi intento conveniente.
 Albano al difunto Rey,
 tan él por él se parece,
 que nadie lo ha de dudar,
 quien reinar por él le viere.
 Con que mi lealtad le guarda
 al Príncipe diligente
 vida y reino, con lo cual
 aquesa ambición aleve
 del Duque no tendrá efecto.
 Lealtad, á mucho te atreves;
 mas si eres lealtad, ¿qué importa?
 corazón tengamos fuerte.
 ¿No tengo para industrialie
 del Rey los secretos siempre?
 Pues, lealtad, á lo que importa,
 y venga lo que viniere.
 Por aquí es su habitación:
 allí una luz resplandece,
 allí está: ¿Albano?

ALBANO. ¿Qué oigo?
 El Almirante es aquéste:
 ya te perdí, Belisarda.
 BELIS. Apagar la luz conviene, (*Apágala.*)
 no me vean.
 ALMIR. ¿Qué es aquesto?
 Nuevas sospechas me ofrece
 el haber muerto la luz
 al oír mi voz; mas ¿qué fuese
 que en la cueva con Albano
 por dicha alguno tuviese,
 y me lo viese llevar?
 Fuera una acción imprudente.
 Yo he de ver quién está aquí,
 allí una luz resplandece;
 yo quiero llamarle: ¿Albano?

Sale ALBANO.

ALBANO. Señor, ¿vuecelencia viene
 á honrarme tan á deshora?
 ALMIR. ¿Quién está con vos?
 ALBANO. ¿Quién puede

estar con un desdichado?
 Solo mis males me tienen.
 ALMIR. Miradlo bien.
 ALBANO. ¿Qué dudáis?
 (*Ap.*) (Murió mi bien si la viese.)
 ALMIR. ¿Por qué apagásteis la luz
 al oír mi voz?
 ALBANO. Por quererme
 levantar á recibiros
 tan apresuradamente,
 la tea dejé caer,
 que me alumbraba.
 ALMIR. (*Ap.*) ¡Oh aleve!
 Yo he de ver quién está aquí.
 ¿No habrá modo de encenderse
 una luz?
 ALBANO. Es imposible.
 ALMIR. (*Ap.*) ¡Oh, cómo el recelo crece!
 Algún secreto me oculta,
 pues luz encender no quiere;
 mas la tea aun tiene lumbre,
 el Cielo me favorece.)
 Avivad aquella tea.
 ALBANO. (*Ap.*) (Forzoso es obedecerle;
 pero su piedad es mucha,
 que quien la vida le debe
 le merecerá el perdón.) (*Enciende la tea.*)
 ALMIR. ¿Qué es aquesto, Albano aleve?
 ¿Así se guardan secretos
 que tanta importancia tienen?
 Mi piedad, por daros vida,
 á tantos riesgos se ofrece
 por vos, y sois tan ingrato,
 que un secreto solamente,
 que os encargué (porque vos
 ningún peligro tuviéseis),
 desleal le habéis quebrado,
 conque ya tener no puede
 seguridad mi decoro,
 ni mi vida, si tuviese
 el Rey el menor indicio
 de que vive quien le ofende.
 Vuestra traición he sabido,
 y vengo de aquesta suerte,
 con soldados á deshora,
 como venenosa sierpe,
 porque paguéis el delito
 de no haber guardado siempre
 un secreto, que importaba
 que durara eternamente.
 BELIS. Señor, advertid que Albano
 de aquesto culpa no tiene:
 yo le adoro, y el amor,
 ciego siempre, lince siempre,
 me adiestró para encontrarle,
 sin que él noticia tuviese.
 Esta es la verdad, señor.
 ALBANO. Señor, vuecelencia tiene
 tanta razón en su enojo,
 que mi delito enmudece;
 su crédito no peligre,
 aunque yo muera mil veces.
 Mas si delirios de amor
 ser disculpados merecen,
 aquesta amante aldeana,
 hermosa como inocente,
 sabe el secreto no más:
 y al amor fiar se debe
 el secreto de más precio;

no hayáis miedo que le quiebre
quien tiene la vida en él:

¿su llanto no os entenece?
¿no os lastima su dolor?

ALMIR. Ninguna piedad me vence,
porque á ningún hombre ingrato
la piedad ha de valerle.

Y vos habéis de morir,
si á estorbarlo se pusiese
el mundo; ea, venid;
(*Ap.*) (el fingirlo el pecho siente
por la fe de caballero);

si resistiros quisiéreis
desleal, para ello traigo
prevención, armas y gente.

BELIS. Señor, matadnos á entrambos.

ALBANO. No hagáis tal; viva mil veces,
señor, mi esposa querida.

ALMIR. (*Ap.*) ¡Que hay peñasco tan rebelde,
que esto pueda resistir!

Gran ternura el alma siente:
no sé cómo me resisto.)

BELIS. Baste, señor, pues no atiende

vuecelencia á mis gemidos,
y mis lágrimas le mueven,
muera mi Albano, que yo,
desde esta roca eminente,
llena de furor, y llena
de impiedad, haré que vuela
el cuerpo al centro hecho trozos,
y á las esferas celestes,
libre el espíritu, donde
á mi dulce amante encuentre.

Adiós, esposo querido,
que he de volver presto á verte. (*Vase.*)

ALBANO. Belisarda, esposa mía;
Belisarda, escucha, advierte.

¡Ay señor, mira que hará
lo que dice! ¡Ay triste suerte!

Almirante, señor mío,
así los Cielos os dejen
lograr lo que pretendéis,
no permitáis que se aleje:
Belisarda, esposa mía.

ALMIR. Entre aquellos copos verdes
me esperad, que yo me voy,
para que no se despeñe.

No habéis de morir, Albano,
que graves misterios quiere
fiar el Cielo de vos;
secreto y lealtad conviene,
y dejáos gobernar.

ALBANO. Señor, vuecelencia ordene,
y de mí se fíe seguro,
que soy noble y soy valiente,
y sigo ahora á mi esposa,
porque temo no se aleje.

ALMIR. Yo cuidaré de su vida.

ALBANO. Yo soy vuestro esclavo siempre.

ALMIR. Y si al secreto faltáis...

ALBANO. Señor, que el tiempo se pierde.

ALMIR. Pagaréis con la cabeza.

ALBANO. Todo mi valor se ofrece:

señor, amparad mi esposa.

ALMIR. Pues, Albano, obedecedme.

JORNADA SEGUNDA

Salón de palacio.

Salen el DUQUE, un GUARDA y JULIO.

DUQUE. Yo no he menester licencia.

GUARDA. Este cuarto es de la Infanta.

DUQUE. ¿Qué importa?

GUARDA. El orden quebranta
si se entra así vuecelencia.

JULIO. Dice bien, y el seor portero
dará con todo al través,
si así responde á quien es
de todo el reino el primero
(aunque éntre el Príncipe); ciertas
puñadas ha de llevar
si al Duque no deja entrar,
y advierta que está entre puertas.

GUARDA. Obedecer otra ley
en un vasallo es baja.

DUQUE. Pues yo he ver á su Alteza.

GUARDA. En trayendo orden del Rey.

DUQUE. ¿Qué rey, cuando despeñado
yo mismo le ví morir?

JULIO. P'nes luego podrá decir
que le suelten en fiado.

DUQUE. No pudo haber contingencia
entre el morir y el caer;
ea, que no ha de poder
nada más que una evidencia.
Sin razón llevo á dudar,
cuando en la memoria copio
su infeliz muerte; ¿yo propio
al Rey no ví despeñar,
de un peñasco pavoroso
hasta una profunda cava?
que si la vista le hallaba,
era con pie tenebroso,
que aun un indicio, una seña,
pienso que de él no quedó,
pues de una peña apeló
á la impiedad de otra peña.
Ya la muerte que le dieron,
como tantas le sobraron,
todas le despedazaron,
y no todas le ofendieron.
Por el Príncipe sin duda
lo dijo, no son engaños,
él tiene ya los siete años,
la Infanta me da su ayuda.
No gozar parece error
de aquesta felicidad,
de tan grande majestad,
como absoluto señor.
Con la gente que juntó
mi maña, si se ofreciere,
si el reino no me eligiere
elegirme pienso yo.
Él murió, esto es verdad,
necia duda me embaraza,
pues yo le ví.

DENTRO. Plaza, plaza,
que sale su Majestad
á acabarse de vestir
á esta hermosa galería.

JULIO. ¡Ah, señor, y qué sería
si el Rey...!

DUQUE. Yo le ví morir:
será el Príncipe. Que presto
de toda aquesta grandeza
ceñiré yo mi cabeza!
Yo llego; pero ¿qué es esto?

Salen ALBANO, como rey, el ALMIRANTE, PASQUÍN y
acompañamiento.

¿Es ilusión ó evidencia?

¿Es verdad ó es sueño vano?

ALMIR. Aqueste es el Duque, Albano.

ALBANO. Ya he entendido á vnecelencia.

ALMIR. Corregid su orgullo fiero.

ALBANO. ¿Sabes qué temo, señor?

Caer en algún error
por mi ignorancia.

ALMIR. El sombrero.

ALBANO. Que todo me sobresalta,
y en cualquiera relación,
no me sirve la razón,
como el estilo me falta.

ALMIR. Ánimo, que esos temores
fácilmente venceréis.

ALBANO. Ahora, señor, vos veréis
cómo caigo en mil errores;
que en esta soberanía,
la corona, por más pena,
me embaraza como ajena,
y me pesa como mía.

ALMIR. Duque, llegad, ¿qué os turbó?

DUQUE. Mi amor á esos pies rendido....

ALBANO. Seáis, Duque, bien venido.
(*Quítase el sombrero.*)

ALMIR. (*Ap.*) (¿Qué hacéis?)

ALBANO. (*Ap.*) (¡No os lo dije yo!)

ALMIR. (*Ap.*) (Descubriros fué error fiero.)

ALBANO. (*Ap.*) (Pues vos allá lo enmendad.)

ALMIR. ¿No veis que su Majestad
os da á tener el sombrero?

DUQUE. Yo no había reparado.

ALMIR. Nadie acertó divertido.

ALBANO. Siempre el Duque ha pretendido
excepciones de vasallo.
Dadme el espejo.

DUQUE. (*Ap.*) (¡Qué firme!
¡Siempre mi desdicha crece!)

ALBANO. Servid, Duque, que parece
que se os olvida el servirme.

DUQUE. Siempre, señor, me tuvísteis
tan rendido como veis.

ALBANO. Con esto no ignoraréis
que mi vasallo nacísteis:
y es evidente razón,
esto que os quiero advertir,
que os excuséis con servir
de alguna necia ambición;
porque está muy peligrosa,
por más que ajustado ande,
en un vasallo tan grande
la imaginación ociosa:
y son consejos muy buenos,
y necedad lo demás;
hacedlas que sirvan más
para que discurran menos:
y en esto veréis que es clara
esta opinión que defiende,

ahora que estáis sirviendo
y que os tengo cara á cara.
El engañoso cristal,
por más que pueda burlaros,
no puede representaros
otra persona real.

Sólo un rey veis desde ahí;
mas si de servir dejáis,
y á mí, necio, os igualáis,
mirándole desde aquí,
ó es engaño del sentido,
ó culpa de la ambición,
en mal fingida ilusión
veréis otro rey fingido.

Servid, cumpliendo la ley,
que siempre vasallo os nombra;
que todo otro rey es sombra,
mientras que yo fuera Rey.

DUQUE. Siempre soy vuestro vasallo.
(*Ap.*) (El Rey mi intento ha sabido.)

Todo este mal ha nacido
del engaño del caballo;
pero yo, como furioso,
que os despeñásteis creí.

ALBANO. Si os arrojárais tras mí
no estuviérais tan dudoso.

DUQUE. ¿Cómo (*Ap.*) (el juicio he de perder)
os pudísteis escapar?

ALBANO. Duque, mejor es callar,
pues no sabéis socorrer.

PASQUÍN. Tiene el Rey mucha razón;
si no fuísteis alentado
para mataros siquiera,
no habléis en aqueste caso.
¡No me hallara yo allí
para hacerme mil pedazos
en servicio de mi Rey!

(*Ap.*) (Ahora la bufa entablo
y le pido algún dinero,
pues de mí tanto ha gustado,
por no hacer cosa á derechas.)

¡Ah, cómo entrara yo ufano
con media cabeza abierta,
y un muslo desbaratado,
á pedir al Rey mercedes,
y él, hallándome obligado,
dijera: denle á Pasquín,
por un servicio tan raro,
alguna ayuda de costal
Así Dios os guarde, ¿cuánto
mandárades que me dieran?

ALBANO. Pasquín, primero es curaros.

PASQUÍN. No burlemos, ¿pues yo no era,
señor, tu mayor privado?

ALBANO. No consientan que este loco
éntre de hoy más en mi cuarto.

ALMIR. Quita, necio.

PASQUÍN. ¿Esto no más?
Como ahora te has librado
de las penas, imaginas
que ya el dar no es necesario,
y te haces aquesta cuenta,
penas se quebrantan dando;
¿pues para qué es bueno dar,
si yo sin dar las quebranto?
Pues no está bien discurrido,
que al fin, por no hacerte daño,
al fin, tú diste de hocicos
al caer, y diste abajo.

DUQUE. Vété, y tú, Julio, también.
 JULIO. Pagarásmela, picaño. (*Vase.*)
 PASQUÍN. Señores, aqueste Rey sin el premio se ha trocado. (*Vase.*)
 ALMIR. Ya es hora de dar audiencia.
 ALBANO. Señor, ¿qué es lo que intentamos? Tanto fías en el juicio de un ignorante villano, que este edificio cargáis sobre unos hombros tan flacos? Mirad que se han de rendir, porque de experiencia faltos, por más que animarlos quiero, titubean cada paso. Vení acá, consideremos los posibles embarazos que tiene nuestra intención: cuando sea necesario firmar, ¿no ha de conocerse la diferencia, notando de las letras, que no soy el Rey, y que esto es engaño?
 ALMIR. Nó, que la firma del Rey es de estampa, y excusando tú escribir otras materias (porque haciéndolo, era claro que el daño reconociesen) saldrás bien de aqueste caso. Ea, que es causa piadosa la que defiendes, Albano, y está por cuenta de Dios darte luz en riesgos tantos.
 ALBANO. Pues si esta es causa de Dios, pongo mi celo en sus manos. (*Siéntase á dar audiencia.*)
 DUQUE. Una mujer y el Justicia esperan solos á hablaros.
 ALBANO. Decid que entren.
 ALMIR. Entren todos, que ya está el Rey esperando.

Sale CÉSAR.

CÉSAR. Señor, si me dais licencia....
 ALBANO. Ya os escucho, id al caso.
 CÉSAR. El conde Octavio, señor, á cierta mujer casada, más noble que recatada, tiene escandaloso amor, y conviene desterrarlo, y por ser caso horroroso, vengo á daros, que es forzoso, cuenta para ejecutarlo.
 ALBANO. Yo juzgo más conveniente, Gobernador, que á un oficio de su aumento y mi servicio le enviéis, porque se ausente con más honesta ocasión: que no es bien, por castigar á un delincuente, arriesgar de un marido la opinión. Que si desterráis á Octavio, podrá inquirir por qué ha sido, y hará más daño al marido el remedio que el agravio. (*Vase César.*)

Sale una MUJER.

ALMIR. Llegad vos.
 MUJER. Señor, mi esposo

yendo á muerte condenado por un delito probado, por más de un medio engañoso, al arrojarle el cruel verdugo de la escalera, porque inculpable se viera, se quebró el fuerte cordel; con que, cayendo en el suelo, algunos que allí se hallaron á la iglesia le llevaron, de donde, señor, recelo que otra vez le han de sacar á morir, y es caso fuerte que den á un hombre la muerte, cuando vivo ha de quedar.
 ALBANO. Vuestro increíble dolor me lastima con exceso; pero nada del suceso abonar puede en favor de vuestro culpado esposo, pues antes es contra él que se quebrase el cordel de frágil y de engañoso: y es abono de los jueces (cuya sentencia acredito) ser tan grande su delito, que pide morir dos veces. Que muera otra vez es justo, y tened por asentado que faltaba á su pecado aqueste segundo susto. Que á ser señal evidente de su inocencia el caer, pudiera el verdugo hacer al que quisiera inocente.
 MUJER. Señor, la justicia espero allá en la sala infinita. (*Vase.*)
 ALMIR. Famosamente desquita la inocencia del sombrero. ¿Cómo aquella indiscreción tuviste, y esta advertencia?
 ALBANO. Tocó aquello á la experiencia, y esto toca á la razón: y en cosas que piden curso, no halla mi razón el hilo; y así, encargáos del estilo y dejadme á mí el discurso.
 BELIS. (*Dentro.*) Aunque el mundo lo defienda he de entrar.
 ALBANO. Duque, ¿qué es esto?
 DUQUE. Una villana, señor, que hablaros quiere.
 UNO. (*Dentro.*) Tenéos.
 BELIS. (*Dentro.*) ¡Mi esposo me han de volver!
 ALBANO. (*Ap.*) (Esta es Belisarda. ¡Cielos!) Duque, Almirante, dejadme á solas, y éntre al momento esta pobre labradora, que divertirme no quiero en las causas de los pobres: idos, idos. (*Ap.*) (Entre afecto, no me descubras, Amor.)
 DUQUE. Ya me voy.
 ALMIR. Ya te obedezco.
 ALBANO. Ea, apriesa, decid que éntre. (*Ap.*) (¡Ciego Amor, disimulemos!)
 ALMIR. (*Ap. á Albano.*) (¿Oís, Albano? Esta aldeana, que es Belisarda sospecho: á mí la opinión me importa,

ALBANO. toda la inquietud al reino,
y á vos no más que la vida.
(*Ap. al Almir.*) (Penas paso, sufro incendios,
siento amantes inquietudes,
ansias y dudas padezco.
Si el secreto se rompiere,
no disculpéis desatento,
que soy solo y ellos muchos,
y no sabré defenderlo.
Vos miraréis por la vida,
que todo sin ella es menos;
también me perdéis el alma:
¡oh bárbaro atrevimiento,
de este tribunal humano
del mundo, que intentas ciego
llevar preso un albedrío,
después de soltarle el Cielo!)
(*Vanse el Duque y el Almirante.*)

Sale BELISARDA.

BELIS. (*Ap.*) (Este sin duda es el Rey,
pedirle á mi esposo intento;
¿mas cómo, si el Rey me quiere,
que me haga justicia espero?)
Señor, yo soy una pobre
labradora.

ALBANO. Ya os entiendo.

BELIS. Estaba para casarme
con gusto y quietud á un tiempo
con un gallardo pastor,
cuyas prendas, cuyo ingenio,
apostándose entre sí
sin victoria compitieron.
Amábale tanto yo,
que él en mis ojos suspensos,
idólatra de los suyos,
amorosamente tiernos,
porque el amor....

ALBANO. Proseguid,
que antes de oiros me alegro.
(*Ap.*) (Ojos, callad, no digáis
las inquietudes del pecho.)
Y en fin, ¿le amáis?

BELIS. Y tanto,
que mariposa en su fuego,
gran señor, á todas horas
me abrasaba en sus incendios.
Mirad, señor, que á mi esposo
me vuelvan, porque sospecho
que el Almirante lo trajo.

ALBANO. (*Ap.*) (¡Ay hermosísimo cielo,
quién gozara tus caricias!
¡Ciego Amor, disimulemos!)

BELIS. Señor, ¿qué me respondéis
á lo que tengo propuesto?

ALBANO. (*Ap.*) (También es mucho rigor
el que uso con mi deseo,
con mi amor, y con la ley
que debo al justo respeto;
sin que se opongan los dos
yo puedo cumplir á un tiempo.)
Bellísima labradora,
yo á vuestro esposo le tengo
ocupado en mi servicio,
y volvérosle prometo
á vuestros ojos amantes.

BELIS. ¿Y cuándo será?

ALBANO. No puedo

deciros cuándo, que el caso
no tiene término cierto;
mas yo os lo restituiré.

BELIS. Guárdete, señor, el Cielo. (*Hace que se va.*)

ALBANO. ¡Ah Belisarda!

BELIS. ¡Señor!

ALBANO. No os vais. (¡Amor, respiremos!)

Yo há mucho que tu belleza
muy amante adoro ciego,
y ya impaciente mi amor
nace apesar del respeto.

BELIS. ¿Señor, qué decís? callad,
que os diré, ¡viven los Cielos!
que os engañáis, y que siempre
os he dicho estos desprecios.

ALBANO. Claro está que engañaréis;
mas ya que en palacio os tengo,
no os he de dejar volver
sin que se temple mi fuego
con esa nieve. (*Ásela de la mano.*)

BELIS. Soltad.

ALBANO. (*Ap.*) (¡Hay desdén más lisonjero!)
¿Y á quién queréis?

BELIS. Á mi esposo.

ALBANO. ¿Y no mudaréis de intento?

BELIS. Seré un diamante en firmeza.

ALBANO. Yo sé que sabré venceros.

BELIS. Yo sé que sabré impedirlo.

ALBANO. Yo sé que todo lo puedo.

BELIS. Yo sé que sabré matarme,
cuando no tenga otro medio.

ALBANO. Yo soy rey.

BELIS. Yo tengo honor.

ALBANO. Yo tengo amor.

BELIS. Yo desprecios.

ALBANO. Yo constancias.

BELIS. Yo violencias.

ALBANO. Yo soy rayo.

BELIS. Yo soy trueno:
perdonad, y el Cielo os guarde.

ALBANO. (Páguete el desdén el Cielo:
la primera vez es esta
que suena bien un desprecio.) (*Vanse.*)

Salen el DUQUE y la INFANTA, cada uno por
su puerta.

DUQUE. Más que amante, confuso en pena tanta,
entro á buscar la Infanta.

INFANTA. Más confusa que amante, en lo que emprendo,
al Duque de Calabria hablar pretendo.

DUQUE. Pero la confusión....

INFANTA. La pena es tanta....

DUQUE. Que salgo....

INFANTA. Pero el Duque....

DUQUE. Mas la Infanta....

INFANTA. Hallaros, Duque, gran ventura ha sido.

DUQUE. Yo, gran señora, á hablaros he venido.

INFANTA. El amor os traerá; mas una pena,
que os solicite hablar á mí me ordena.

DUQUE. Aunque siempre el amor á mí me obliga,
ahora me conduce una fatiga.

INFANTA. Luego un efecto mismo padecemos.

DUQUE. Bien parecidos son nuestros extremos.

INFANTA. Pues que solos estamos,
dejemos el amor y al caso vamos,
que no sé, Duque, lo que en el Rey veo,
que lo dudo lo mismo que lo creo.

DUQUE. Con este mismo designio,

con aquesta misma duda,
fundado en estos principios
vengo yo, y así los dos,
con algún medio preciso,
la verdad averigüemos,
y el más seguro camino
es que hagamos experiencia
en que él (si acaso es fingido)
no se pueda socorrer
de la razón ni juicio.

INFANTA. ¿De qué suerte?

DUQUE. De esta suerte:

ya tú sabes que conmigo
el Rey (si acaso es el Rey)
sus secretos ha partido;
porque yo mañosamente
siempre le aplaudí los vicios,
para hacerle de este modo
de su reino aborrecido.
Pues hablándole yo en cosas
de que nadie fué testigo
sino los dos, y estuviere
en sus noticias remiso
(ignorando circunstancias,
que yo con mañoso estilo
le obligaré á hablar en ellas),
conoceré si es fingido.
Hablaréle (esto ha de ser)
en un sangriento delito,
que venía proponiendo
cuando cayó al precipicio:
pues en tal sitio ninguno
pudo ser de ello testigo,
y de tan confuso engaño
buscaremos el principio.
Y yo volveré á animar
mis pensamientos altivos,
hasta ceñir el laurel
que sólo por tí codicio,
para que puesto á tus plantas,
no blasone presumido,
ya que el sol fué desdeñoso,
que fué á tus ojos esquivo.

INFANTA. Muy bien, que de esta experiencia
que se descubrirá es preciso;
pero no quiero cansarte,
que contra la industria fío
saber si acaso es el Rey.

DUQUE. Todo á tu ingenio lo libro;
pues, Infanta, á la experiencia.

INFANTA. Duque, al exámen de indicios;
pues á vos y á mí nos va
en hacer por descubrirlos,
un imperio y un gobierno,
y un amor logrado en siglos.
El Rey sale: Duque, adiós.

DUQUE. El Cielo vaya contigo. (*Vanse.*)

Sale ALBANO.

ALBANO. Cuidado del gobernar,
ya yo no os puedo sufrir,
que sois más grave el sentir,
como os sufro á mi pesar:
el bien intento arrojar,
sin fuerza para vencerlo,
y cuando voy á moverlo,
como tanto se me arrima,
más el hombro me lastima

el echarle, que el tenerlo.
Cuando de las guardias voy
defendido con cuidado,
no pienso que voy guardado,
preso imagino que estoy:
rey para el disgusto soy,
el poder me desazona;
mi ignorancia lo ocasiona,
pues necio é inadvertido,
sin duda que me he ceñido
por las puntas la corona.
La real estimación,
ó me asusta ó amenaza;
la grandeza me embaraza,
nada quita el corazón;
y es, que como soy ladrón
de lo que estoy poseyendo,
mal del temor me defiende;
y la púrpura sagrada,
porque no vea que es hurtada,
siempre la estoy escondiendo.

Sale el DUQUE.

DUQUE. (Aquí está el Rey, de esta vez
sabré si acaso es fingido.)

ALMIR. (*Al paño.*) Al Rey hablar solicita
el Duque, y de aquí escondido
escucharé cuanto hablaren,
de este cancel defendido.

DUQUE. (Si no es el Rey, no sabrá
lo que á mí solo me dijo:
yo llego á hablarle.) (*Llega.*) ¿Señor?

ALBANO. Seáis, Duque, bien venido.
(*Ap.*) (Mucho siento estar á solas
con este oculto enemigo,
porque sin duda pretende
examinarme fingido.)

DUQUE. Señor, aunque de la envidia
sufra algún eclipse esquivo,
soy girasol del semblante
de vuestros reales designios.
Porque entendáis que es muy cierta
la fineza con que os sirvo,
solos estamos, bien puedo
con desahogo decirlo;
pero no pretendo daros
junto todo el regocijo,
porque el gusto no os ofenda
que tal vez matar se ha visto.
¿Os acordáis, por ventura,
de aquello que convenimos
poco antes que despeñado
cayéseis al precipicio?

ALBANO. No me acuerdo bien.

DUQUE. No hablanos
otra cosa en el camino
de la caza.

ALBANO. No os entiendo.

DUQUE. ¿De una dama, á quien rendido
estáis, no hablábamos?

ALBANO. Sí.

(*Ap.*) (Yo no sé lo que me digo,
porque hablo en una materia,
que en mi vida la he entendido.)
(*Alto.*) ¿Pues qué sabéis de esta dama?

DUQUE. No pienso, señor, decirlo,
hasta que vos me digáis
su nombre, porque no os sirvo

en trataros de una dama,
que tenéis tan en olvido,
que aun su nombre no sabéis:
decid su nombre os suplico,
ó no os lo pienso decir.

ALBANO. Yo bien sé... (*Ap.*) (Yo estoy perdido.)

DUQUE. (*Ap.*) (Parece que titubea,
apretarle determino.)
¿Es posible, que olvidásteis
un incendio tan activo?

ALBANO. (*Ap.*) (¡Hay más ciego laberinto!)

ALMIR. Este pretende saber
si es el Rey por este estilo;
pero aqúeste caso el Rey
le comunicó conmigo,
y yo de él le disuadí;
no logrará su designio.

DUQUE. Decid su nombre ó me voy.

Sale el ALMIRANTE.

ALMIR. (Ya el salir será preciso.)
(*Alto.*) ¿No veis, Duque, que he escuchado
vuestra plática escondido,
y os juzgo por desatento,
cuando tan dudoso os miro?
Su Majestad, Dios le guarde,
hallándose arrepentido
de todas sus inquietudes,
que iba trazando, me dijo,
robar esta ilustre dama,
y si saliera á impedirlo,
dar muerte á un hermano suyo
cuando cayó al precipicio.
Y bien pudiérais pensar,
en el silencio advertido
del Rey, que se disgustaba
de hablar en casos indignos.
Y no tratéis otra vez,
desatento é inadvertido,
materias, que aunque den gusto,
infaman al que las hizo.

ALBANO. Porque si acaso os sucede
de hablarme en pasados vicios
de un rey, hallaréis en mí,
más que agasajos, castigos;
que está cerea del traidor
quien al rey hace mal quisto.

DUQUE. Señor...

ALBANO. No me repliquéis.

ALMIR. (*Ap.*) (Ya de este empeño salimos.)

ALBANO. (*Ap.*) (Victoria por la razón.)

ALMIR. (*Ap. á Alb.*) Ya no hay que temer peligros,
que estando contigo yo,
á todo hallaré camino.

ALBANO. ¿Pues veis? aun estoy eobarde.

ALMIR. No temas, que yo te animo.

Salen la INFANTA y un CRIADO con recado de escribir.

INFANTA. Señor, si á tu Majestad
por mi amor he merecido
algún favor, esta vez
que le aumentéis os suplico.

ALMIR. (*Ap.*) (¿Qué es lo que intenta la Infanta?)

INFANTA. (*Ap.*) (De esta suerte lo averiguo.)
En esta carta, señor,
que yo en tu presencia escribo

al de Nápoles, quisiera,
por encareer su estilo
(porque es importante mucho
á ciertos negocios míos),
escribáis de vuestra mano
un renglón. (*Ap.*) (Así averiguo
mi sospecha, y se sabrá
si es el Rey con lo que finjo.)

ALMIR. (*Ap.*) (¡Grande empeño se me ofrece!)

ALBANO. (*Habla con el Almirante.*)
¿Qué he de hacer? que si ha querido
con malicia averiguar
nuestro daño, si resisto
escribir, continuará
la sospecha que ha traído;
y si escribo, totalmente
da en tierra nuestro edificio.

ALMIR. Responded que no podéis,
que si con malicia vino,
escribir será evidencia
y no escribir será indicio.

INFANTA. ¿No me hacéis esta merced?

ALBANO. (*Ap.*) (Mas ya he encontrado el camino
para hacerles por ahora
sus intentos divertidos.)
Ya escribo lo que pedís.
(*Pónese á escribir y derrama el tintero sobre
el papel.*)

ALMIR. (*Ap.*) (Eché á perder mis designios:
él escribe y ha arruinado
mi tan bien fundado arbitrio.
¿Pudo haber mayor desdicha?)

ALBANO. Ya lo que me habéis pedido
he escrito; pero ¿qué es esto?
El tintero, inadvertido,
derramé sobre el papel.

ALMIR. (*Ap.*) (Eso, sí, ahora respiro.)

ALBANO. Y lo que escribí borré.
Almirante, al punto mismo
haced copiar esta carta,
y á mi cuarto (así lo evito)
la entraréis, porque yo escriba,
con término encarecido,
lo que me pide la Infanta.
(*Á la Infanta.*) Y vos, para andar más fino,
la meteréis en mi pliego
con los demás que le escribo.

INFANTA. ¿No veré lo que escribís?

ALBANO. Fíad que será efectivo,
pues no sólo os obedezco,
pero del cuidado os libro.
Haced con puntualidad,
Almirante, lo que he dicho.

ALMIR. (¡Oh villano prodigioso!)
Al instante iré á servirlos.

DUQUE. (Más duda llevo que traje.)

INFANTA. (Más dudosa me retiro.)

ALMIR. (No han de salir con su intento.)

ALBANO. (No han de lograr sus designios.)

ALMIR. (Porque si el Cielo me ayuda....)

ALBANO. (Que si el Cielo me es propiecio....)

DUQUE. (Que si acaso no es el Rey....)

INFANTA. (Porque si acaso es fingido....)

ALMIR. (No hay peligro que me asombre.)

ALBANO. (No temo ningún peligro.)

DUQUE. (Mi ambicioso intento logro.)

INFANTA. (Mi amoroso fin consigo.)

JORNADA TERCERA

Salón.

Salen JULIO y PASQUÍN.

JULIO. Días há que ya no corre
el oficio de gracejo,
y con ser yo perro viejo
vuesarced no me socorre.
Seor Pasquín, vuesa merced
pida al Rey algún favor.

PASQUÍN. Haráme corregidor
ó colgaráme de un pie.
El Rey sale, y tú verás
que de esta vez quedas rico;
yo te pondré en un borrico
y no me perseguirás.
(Una burla le he de hacer;
pero callo, no me sienta,
qué esto corre de mi cuenta:
¡oh, qué mal le ha de saber!)

Sale ALBANO.

ALBANO. ¡Que me falte el alegría
reinando! ¡Qué bien sintieron
los antiguos, que escribieron
que la mayor monarquía,
que con los siglos porfía,
la atropella y la baldona
Amor, que ni al sol perdona;
pues poniendo al Cielo escalas,
con el aire de sus alas
le derriba la corona!
Pero en su efecto cruel
crece la duda mayor:
¿cómo, siendo rayo Amor,
aun no perdona el laurel?
¿Será porque juzga él
grandeza y soberbia altiva?
Humilde en el bosque iba
seguro del rayo ardiente;
pero júzgale en la frente
y por eso lo derriba.
Yo solo soy excepción,
que como me ve humillar,
no viendo qué derribar
vuelve á entrar al corazón;
en él tomó posesión,
y con tan dulce sosiego,
que á creer mis dichas llevo,
pues la corona que ciño
no la estima como niño
y no la ve como ciego.

JULIO. ¿Cómo no llegas?

PASQUÍN. Aguarda,
que está hablando con su idea,
que siendo de rey es alta,
y hasta que no baje á tierra
no ha de humillarse conmigo.

ALBANO. Llamad al Príncipe.

PASQUÍN. Venga,
que entre las dos majestades
tendrá el gracejo licencia.
Vuestros altísimos pies,

Pasquín sin sátira besa,
que no soy como el de Roma
á quien tantos se le pegan:
que sin ofensa las gracias
serán lindas indulgencias,
que siempre, costando poco,
se gana mucho con ellas.

ALBANO. Eres cuerdo y entendido.

PASQUÍN. ¿Qué importa que yō lo sea?
Pero si es espejo el Rey
de las virtudes que enseña,
tomo del cristal que miro
el deseo y la asistencia,
el valor y la piedad,
y llévolas allá fuera;
porque como en mí no caben
(siendo quien soy) excelencias
de tantas virtudes juntas,
arrójolas por la puerta
del alma, que son los labios,
hasta que la fama encuentran,
que dilatada en regiones
y esperada en varias lenguas,
dice de tí lo que escuchan
dándole al buril materia,
porque si el buril faltare,
labre tu memoria en piedras.

ALBANO. Jamás escucho lisonjas.

PASQUÍN. Sí, cuando se miente en ellas;
pero cuando son verdades
las hace el vasallo deudas,
descúbrese la mentira,
y con tan poca vergüenza,
que no ha de andar la verdad
con su cara descubierta.

JULIO. ¿Á qué aguardas á pedirle?

PASQUÍN. (Julio me está haciendo señas.)
¡Lo que puede una mitad!

ALBANO. Dí que te den.

PASQUÍN. (Ya es entera.)

Yo tengo un amigo estrecho,
que el de Gibraltar apenas
cupiera por la amistad
que entre los dos se profesa;
ofrecíle la mitad
de la merced que me hicieras.

ALBANO. Fineza es de amigo, pide.

PASQUÍN. Señor, que mande tu Alteza
darme seiscientos azotes.

JULIO. (¡Oh ladrón! en las galeras
gastes otros tantos años.)

ALBANO. Con esto haste hecho la prueba
de lo que á tu amigo estimas.

PASQUÍN. Soy pródigo de la hacienda
del verdugo.

ALBANO. Pues ahora,
no es bien, Pasquín, que lo seas;
serán seiscientos escudos.

PASQUÍN. Sabe Dios lo que me pesa.
El Príncipe mi señor.

ALBANO. En hora dichosa venga.

JULIO. Hijo, Pasquín, no ha venido
tu codicia descubierta.

PASQUÍN. Hermano Julio, no importa,
porque es tu codicia eterna,
y has de hacer algún mal hecho
sólo por tener moneda. (Vanse.)

Salen el PRÍNCIPE y BELISARDA, cada uno por su parte.

PRÍNCIPE. ¿Qué manda tu Majestad,
gran señor?

BELIS. Á tu presencia,
señor, llega Belisarda
con las repetidas quejas
de su esposo.

ALBANO. (Ap.) ¡Qué encontrados
el amor y la grandeza
están luchando en el alma!
Pero aquí es razón que venza
la majestad disfrazada,
mientras los Cielos conciertan
lo amoroso con lo altivo,
porque los hombres adviertan,
que hay lealtad sin ambición.)

PRÍNCIPE. (Ap.) ¡Que mi padre se divierta,
cuando me ha visto que vengo
obediente á su presencia!

ALBANO. Dulee Belisarda mía,
perdóneme tu belleza,
pues tanto tiempo ha tenido
ingrata correspondencia,
burlando tus esperanzas
con mentida imagen.

BELIS. Sea
mi dolor tu desengaño
y tu valor mi obediencia.

ALBANO. Mañana será tu esposo
Albano, que tengo nuevas,
que está en la Corte, y por que
sean tus diehas más ciertas,
yo dispondré que esta noche
verle, Belisarda, puedas
en el jardín.

BELIS. Largos siglos
se goce esta primavera,
que se apueste, siendo tuya,
y con el espacio crezca. (Vase.)

ALBANO. ¿Príncipe?

PRÍNCIPE. Señor, ¿qué manda
vuestra Majestad?

ALBANO. (Ap.) (Apenas
puedo sufrir el engaño:
la púrpura está violenta
en mí, porque estoy mirando
á mi Rey: ¡ah, quién pudiera....
Cielos, humilde nací,
y aunque mi sangre quisiera
introduirme á tirano
con ambiciosa licencia,
la corona que sustento
es cifra de la nobleza:
¿luego ya la majestad
dió ilustre sangre á mis venas?
Noble soy; pues siendo noble,
¿no fuera infame bajeza
ser desleal á mi Rey,
cuando la lealtad me enseña
generosos rendimientos
con postrada reverencia
á la majestad augusta
del Rey, que es Dios en la tierra?
Vive Dios, que estoy corrido
de que las dudas pretendan
infamar un pecho heróico,
aunque en la balanza opuesta
pese el tirano Luzbel

más que la dieha, la deuda.
Afecto y piedad me guían;
perdone aquí la severa
majestad fingida, adonde
verdad y grandeza reinan.)
Deme vuestra Majestad (Arrodillase.)
á besar sus pies.

PRÍNCIPE. ¡Qué nueva
demostración, gran señor!

ALBANO. No me alzaré de la tierra
hasta besar vuestra mano.

PRÍNCIPE. Será loca mi obediencia,
porque os debo lo que soy.

Salen el DUQUE y la INFANTA, cada uno por su parte

DUQUE. ¡Cielos, si el alma lo sueña!

INFANTA. ¡Si se engañan los sentidos!

ALBANO. (Ap.) ¡Hubo confusión más ciega!
¿Si me han visto? Mas no importa,
porque como estoy tan cerca
de volver á ser vasallo,
ó lo duden ó lo erean.)

DUQUE. (Ap.) (Viven los Cielos, que crecen
con esta acción las sospechas
de que no es el Rey.)

ALBANO. Infanta....
(Ap.) (Pero entretanto que llega
el plazo, que mi lealtad
generoso ejemplo sea,
he de encubrir lo que soy.)
(Alto.) Duque, llegando á la puerta
¿qué vísteis?

DUQUE. Señor....

ALBANO. Al Rey
jamás la verdad se niega.

DUQUE. Ví una acción....

ALBANO. Ea, decid.

DUQUE. Por extraña, no quisiera....

ALBANO. Antes me importa que vos
la hayáis visto.

DUQUE. (Ap.) ¡Hay mayor pena!
Aunque finge el Rey el gusto
de que yo le viese, es fuerza
que le haya causado enojo;
la voz en el labio tiembla,
mas obediencia es forzosa.)

ALBANO. ¿Qué dudáis?

DUQUE. (Ap.) (El Rey intenta
mi ofensa.) Yo ví, señor,
que postrado en la presencia
del Príncipe le besásteis
el pie.

INFANTA. Si el Duque confiesa
lo que vió, también podré,
con admiración más nueva,
decir lo que ví.

ALBANO. Es verdad,
vuestra vista no padezca
engaño; mas ya sabéis
el estudio y diligencia
que he puesto en la educación
del Príncipe, y tan atenta
ha parecido informarle
la sabia naturaleza,
que le ha dado la razón
anticipada, y me deja
tan admirado en noticia,
que le doy de lo que deba

hacer cuando yo faltare,
que os pueda afirmar en ella,
según ya las comprende
atento y capaz, que apenas
me queda á mí que le enseñe,
para que creciendo aprenda.
Pero así como el pintor
vemos que no se contenta,
cuando ha de enseñar el arte,
con las teóricas muestras,
sino que bizarro y diestro
toma el pincel y campea
un lienzo con el dibujo,
para que atento al que enseña
con la práctica ejecute
lo que el maestro bosqueja;
yo así de la misma suerte,
porque el Príncipe no pierda
con tanta capacidad
lo que ejecutar desea,
tomé el pincel de un vasallo,
diciéndole mi obediencia
que ejecute como rey
acciones que lo parezcan.
Y así, vuestra Majestad
prosiga, porque lo vean
la Infanta y el Duque.

PRÍNCIPE. Yo,
gran señor...

ALBANO. Si hay resistencia,
entenderé que se olvida
de lo que el pintor le enseña.
(Ap. al Prínc.) (Ea, pasad la lección,
y la inadvertida y ciega
ambición del Duque, haced
de forma, señor, qué vea
en su decreto el castigo.)

PRÍNCIPE. (Ap. á Albano.) (Haré, señor, lo que ordenas;
obedeceros es justo.)
(Al Duque.) Noticias tengo muy ciertas
de vuestra loca ambición,
y que intentásteis con ella
usurparme la corona,
culpa que causar pudiera
mil ejemplares castigos,
pues llegara á ser eterna
vuestra memoria, y así
os mando que en las galeras
os partáis luego á Sicilia.
También á la Infanta bella
pretendéis para casaros,
y por otras conveniencias
la he dado al Duque de Mantua.
Salid de la córte, y sea
lo más presto que pudiéreis,
porque á vuestra inobediencia,
Duque, mandaré poner
á mis pies vuestra cabeza.

DUQUE. (Ap.) (¡Qué me ha sucedido, Cielos!)

INFANTA. (Ap.) (¡Fortuna airada, paciencia!)

DUQUE. Señor, rogadle por mí,
pues majestad representa
de rey.

ALBANO. Gran señor, el Duque...

PRÍNCIPE. Eso conviene que sea:
si me borráis la pintura,
¿cómo he de pensar que es buena?

DUQUE. Vos, señor...

ALBANO. Mándalo el Rey,

y el obedecer es fuerza. (Vanse.)

Jardín.

Sale BELISARDA.

BELIS. Entre sombras y flores,
que ya se niega respirando olores,
me dijo el Rey que ver podré á mi esposo:
¡oh, si llegara el plazo tan dichoso!
Mas albricias, mi Dios, que hacia la fuente
un bulto viene, si es mi amor ausente.

Sale el DUQUE.

DUQUE. Esta es la vez postrera
que en mi fortuna fiero,
sin verla (¡hay dicha tanta!)
hablar podré á la Infanta.
Á este jardín solía,
sin registros del día,
salir el sol por nuevos paralelos,
pisando flores y dorando cielos.
El precepto del Príncipe enojado
fué de su padre airado,
fortuna, no lo ignoro;
mas ¿cómo he de perder el bien que adoro?
Á la Infanta le dije (¡Amor, paciencia!)
que me diese licencia
para hablarla esta noche, si la vida
no llega á ser quien antes se despida.
Mas ¡ay Amor, que mi peligro crece!
un bulto entre los árboles parece:
riesgo mortal, ¿qué quieres? ¿qué me asombras?
Mas de sagrado servirán sus sombras,
pues que siendo quien soy, yo me acobardo,
no es la divina luz del sol que aguardo. (Vase.)

Sale ALBANO.

ALBANO. Tarde sosiega el deseo
en un corazón amante,
que el deseo y el amor
es bien que vuelen y abrasen.

BELIS. ¿Acaso es, por dicha mía,
tras de tan largos pesares,
como el sol vertiendo luces
dora el monte, alegra el valle,
quien viene á vestir de luces
una esperanza cobarde,
que entre las sombras de ausencia
teme que la luz le falte?

ALBANO. (Ap.) (Esta es Belisarda, Amor,
basten ya sus penas, basten,
que su firmeza merece
que Amor la escriba en diamantes.)
Yo soy, Belisarda hermosa;
Albano soy, que á pagarte,
tras de cinco años de ausencia,
vengo finezas tan grandes.
El Rey, teniendo noticia
que (antes que en los frescos valles,
donde tu dichosa aldea
sirve de cielo á tu margen,
te viese mi amor) seguía
sus ejércitos reales,
á las costas de Sicilia
me envió, porque acompañe
un soldado; mas las tropas
al feroz encuentro salen
del turco, cuando soberbio

pone asombro á nuestros mares;
mas yo, con algún sosiego,
puedo volver á buscarte
á la corte, donde el rey,
quizá por gratificarme,
estima lo que mereces:
dijo que viniese á hablarte
esta noche; ¡qué más bien!
pues sin que el sol embarace
mis dichas (porque su luz
era fuerza acobardarme)
gozo el bien de haberte visto,
con que no pudo igualarse
el más soberano imperio,
aunque blasones dilate
del Tíber, honor de Italia,
hasta las ondas del Ganges;
porque la púrpura regia
fuera contrapeso grave
á nuestro amor, que se goza
más bien con lazos iguales.

BELIS. Mil parabienes me doy
de mi dicha, pues que sabes
vencer con ella mis penas;
¡viva el Rey largas edades!
Mañana, dijo también,
que mis fortunas lograrse
con el bien de ser tu esposa.

Salen la INFANTA y LAURA.

INFANTA. No es bien que el alma se engañe.

LAURA. Señora, voz de mujer
con acentos mide el aire.

INFANTA. ¿Quién puede ser sino el Duque,
que, desesperado amante,
entre las sombras de ausencia
teme que la luz le falte?

Sale el DUQUE.

DUQUE. Si fué sombra, bien bastó
á desvanecerla el aire;
mas nó, que con nueva forma
ha venido á acreditarse
de asombros para el sentido;
todo en mis desdichas cabe.

ALBANO. Aunque este sitio merece
sagradas inmunidades,
con locos atrevimientos
hay plantas que le quebranten.

BELIS. ¿Qué intentas, mi bien?

ALBANO. He visto
un hombre, y aunque arriesgase
el perderte, ¡vive el Cielo
que ha de saber que hay quien guarde
la veneración que niega
á estos olmos y á estos sauces!

DUQUE. Más riesgo hay en conocerme,
Cielos, que hay en ocultarme.
Ya se acerca, es imposible
que del peligro me escape;
mas si hay valor en el pecho
ilustrado con la sangre,
primero que me conozcan
volverá la piedra en jaspe.

ALBANO. ¿Quién es?

DUQUE. Lo mismo pudiera
preguntar, que no hay quien baje

á estos jardines, sabiendo
que sus frescas soledades
de noche sólo las gozan
el Rey y la Infanta.

INFANTA. (*Ap.*) (¡Hay lance
tan terrible!)

DUQUE. Porque el Duque,
como decreto inviolable,
obedece en su destierro,
y sin que nadie éntre á hablarle
está en su cuarto, esperando
del sol los limpios celajes
para salir de la corte.

INFANTA. ¡Hay confusión semejante!

ALBANO. Claro está que al Duque importa
hacer lo que el Rey le mande;
mas yo he de saber aquí
quién sois vos, pues confesásteis
que sólo el Rey y la Infanta
pueden gozar la agradable
estimación de estas flores,
cuando ya las sombras caen.

DUQUE. Supuesto que yo me encubro,
la diligencia es en balde.

ALBANO. Pues otra habrá que os obligue.

(*Ap.*) (Bizarro quiere empeñarse.)

LAURA. Con temor traigo la luz. (*Sacan luz.*)

DUQUE. Yo, señor, buscaba... á nadie:
hallé...

ALBANO. Ya no hay disculpas,
que á vuestra defensa basten,
si está en el jardín la Infanta.

INFANTA. Para que mi vida acabe.

ALBANO. Al rumor de las espadas
llegué, y sintiendo acercarse
la luz con pasos ligeros,
ví que un hombre por la margen
de esa fuente, atravesaba
el jardín por ocultarse.

DUQUE. Pues con él, por conocerle,
reñí yo.

ALBANO. Duque, ¿y lograsteis
vuestro intento?

DUQUE. Nó señor.

ALBANO. Ea, Duque, id á buscarle,
que á vuestro valor lo fío,
y si le encontráis, matadle.

BELIS. ¡Señor, mirad que es mi esposo!

ALBANO. ¿No veis, Duque, que hay piedades
que lo impidan?

DUQUE. Gusto es vuestro.

ALBANO. Que yo mandaré buscarle
para saber su intención;
mas la Infanta...

INFANTA. ¿Señor?

ALBANO. Baste:

retiráos á vuestro cuarto.
Duque, no os vais, que esta tarde
al Príncipe ha de jurar
el reino, y es importante
vuestra persona, por que
no se intenten novedades,
que turbando la lealtad
la afiancéis con vuestra sangre.

DUQUE. Soy, señor, vasallo vuestro.

ALBANO. Esto conviene.

DUQUE. (*Ap.*) (Dejadme,
imaginaciones mías.)

INFANTA. (*Ap.*) (Ea, despenáos, mortales,

BELIS. porque guardáis una vida tan difícil de cobrarse.) (*Vase.*)
 Entre esperanzas y miedos es mi amor perdida nave, el puerto desdichas mías, y todo el bien, huracanes.
 ALBANO. Salga el sol vertiendo luces, porque este enigma desaten, encubiertos los amores y oprimidas las lealtades. (*Vanse.*)

Salón.

Salen el ALMIRANTE y PASQUÍN.

PASQUÍN. Señor Almirante, ¿en día que al Príncipe han de jurar, vuecelencia ha de gastar tan nueva melancolía?
 ¡Hay semejante locura!
 ALMIR. (*Ap.*) (Que Albano, sin Dios ni ley, sabiendo que Alfonso es rey hoy por Príncipe le jura; pues de suerte ha gobernado, que todo el reino le adora; no sé qué le de hacer ahora, él tiene el reino prestado. ¿Pues cómo desmentiré un yerro tan desigual?
 ¡Vive Dios, que hice mal! pensando acertar, erré.
 ¡Ay Cielos! dadme consejo: dirán (¡trance peligroso!) que engaño por ambicioso, ó que caduco por viejo.)
 PASQUÍN. Ya sale el Rey, á apelar á su audiencia he de acudir, que si no para dormir, que me dé para soñar.

Salen ALBANO, CÉSAR y acompañamiento.

ALBANO. César, ¿está prevenido lo que yo os mandé?
 CÉSAR. Á mi cargo se despertó la obediencia de lo que estaba encargado.
 ALBANO. (*Ap.*) (Hoy ha de admirar Sicilia el suceso más extraño que le dió la fama al bronce, le dió la lealtad al mármol.)
 ALMIR. Señor, en casos que importan, á solas quisiera hablaros.
 ALBANO. Pues despejad.
 ALMIR. Idos todos.
 (*Vanse César y los criados.*)
 ALBANO. Solos habemos quedado; decid, pues, lo que queréis.
 ALMIR. Digo, que he hecho reparo en que tratáis de jurar hoy por príncipe á Fernando. Él es verdadero rey, ¿no es mejor manifestarlo, pues ha llegado su edad á aquellos felices años, en que puede ya por sí poner freno á sus contrarios?
 ALBANO. ¿Y eso, por qué lo decís?
 ALMIR. Porque os miro muy hallado

de unos días á esta parte en la majestad, Albano.
 ALBANO. (*Ap.*) (Pagarásme la sospecha.) Lo que yo tengo á mi cargo no he menester que lo guíe, Almirante, otro cuidado. ¿Quién os mete á vos en eso?
 ALMIR. El ser muy leal vasallo y obedecer á mi rey, que esto el Rey me lo ha mandado. Albano, ¿sabes quién eres?
 ALBANO. No ignoro lo que me has dado; pero puesto que anduviste entonces tan temerario, que al fin liciste elección para este puesto tan alto, de un hombre de quien estás hoy tan poco asegurado, ¿de quién te quejas?
 ALMIR. De tí, que con libre desenfado te levantas con el reino.
 ALBANO. ¿Eso quién puede dudarlo?
 ALMIR. ¿Luego ya te juzgas rey?
 ALBANO. Sí, yo soy rey.
 ALMIR. ¿Hasta cuándo?
 ALBANO. No examines los deseos.
 ALMIR. Bien puedo yo examinarlos; y también tengo un testigo que dé testimonio claro de que has sido Rey intruso, y esto no puedes dudarlo.
 ALBANO. ¿Quién es?
 ALMIR. El difunto Rey, á quien tengo yo guardado con sus insignias reales.
 ALBANO. Han pasado muchos años, y entre el horror del sepulcro, los reales aparatos serán tan otros, que ya parezcan testigos falsos.
 ALMIR. Pues haré notorio al reino y al mundo que eres Albano, aquel villano que al Rey vieron parecerse tanto, y ya despeñado el Rey, por evitar otros daños, te produjo (¡ah, qué mal hice!) en el reino con engaño.
 ALBANO. ¿No ves que no han de creerte? No eres testigo abonado por solo, cuando Sicilia puede alegar lo contrario.
 ALMIR. Yo rescataré Sicilia de la ambición de un tirano.
 ALBANO. Haréte matar primero.
 ALMIR. No harás, que en aqueste brazo vive sobrado el valor para hacerte mil pedazos, y castigar la osadía de haberte atrevido á tanto.
 ALBANO. ¿Qué descompostura es esa?
 ¡Hola!

Salen todos.

DUQUE. Señor, aquí estamos todos para obedecerte.
 ALMIR. ¡Hay suceso más extraño!

¡Hay suspensión más confusa!
 ALBANO. Yo, leales sicilianos,
 ¿quién soy?
 TODOS. Eres nuestro Rey.
 ALBANO. Quien se atreviere á negarlo,
 ¿no será digno de muerte?
 DUQUE. No será leal vasallo
 quien no le quite mil vidas.
 ALMIR. (*Ap.*) ¡Válgame Dios! Tan postrado
 me tiene el dolor, que apenas
 vengo á dudar lo contrario.)
 ALBANO. ¿Quién soy, Almirante, yo?
 ALMIR. Yo sé que soy fiel vasallo;
 quien sois vos, vos lo sabéis.
 ALBANO. Pues con ánimo tan flaco,
 y tan enorme sospecha,
 lo que soy habéis dudado,
 hoy, apesar de traidores,
 y de pensamientos vanos,
 y de juicios mal seguros,
 he de hacer al mundo claro
 que soy el mayor prodigio
 que los siglos admiraron,
 y el más misterioso enigma
 del volumen de los años.
 Corred aquella cortina,
 y sepan los sicilianos
 que yo soy quien supo ser
 á un tiempo rey y vasallo.
 (*Córrase una cortina, y aparece el Príncipe
 debajo de un trono real con insignias de rey.*)
 BELIS. ¿Qué enigmas, Cielos, son éstos?
 INFANTA. Dudo lo que estoy mirando.
 ALBANO. Fernando, que el regio trono
 ocupa entre soberanos
 aplausos, es nuestro Rey;
 esta corona he guardado
 en depósito leal
 por espacio de cinco años,
 que hoy se cumplen, y hoy también,
 con dichosos desengaños,
 la restituí á su frente.
 Don Pedro, rey malogrado,
 á vista del Duque fué
 quien se despeñó cazando.

La industria del Almirante,
 viendo en mí el propio retrato,
 con semejanza tan viva
 que se acreditó el engaño
 (por ser vuestro rey tan niño),
 me introdujo al soberano
 solio, siendo yo un pastor
 que gozaba alegres campos
 en olvidada fortuna.
 Si tan bien no he gobernado
 como merece el deseo,
 supla de hoy más lo que faltó
 vuestro natural señor,
 digno de tales vasallos.
 DUQUE. Prodigios parecen todos.
 ALMIR. Más que lealtad es milagro.
 ALBANO. Ya, señor, sois nuestro rey.
 PRÍNCIPE. Quisiera ahora dudarlo,
 por tener tan buen maestro;
 mas pues me habéis enseñado
 á ser dichoso, y á ser
 agradecido, yo mando
 que gobernéis á Sicilia,
 que quiero de vos fiarlo;
 y admitiendo vuestro ruego,
 dadle á la Infanta la mano,
 pues que yo os lo mando, Duque.
 DUQUE. Vivas, señor, muchos años.
 ALMIR. Bien haya tu discreción
 y bien haya tal villano.
 BELIS. El Cielo oyó mis suspiros,
 logró mi amor en Albano,
 dichas son cuántas suceden.
 ALBANO. Pues otra merced aguardo,
 señor.
 PRÍNCIPE. No puedo negarla.
 ALBANO. Cuando labraba los campos
 amé á esta hermosa aldeana.
 PRÍNCIPE. No puedo negar, Albano,
 tan merecida fineza.
 BELIS. Esta, señor, es mi mano.
 ALBANO. Y aquí tres indignas plumas,
 si dignas de vuestro aplauso,
 la semejanza os dibujan
 de á un tiempo rey y vasallo.

FIN